

apenas había reparado en ella, confundida como estaba en aquel montón de mujeres, porque sus groseros instintos se inclinaban especialmente sobre dos ó tres campesinas de excesivo desarrollo que iban á bordo, y éste era su tipo. Pero desde que la casualidad le había hecho reparar en Marcela, su gusto se había afinado, comprendiendo mejor á la mujer y empezando á darse cuenta de la belleza de las formas y de la gracia de los contornos. Además, Marcela era amada por otro, á quien parecía corresponder, y el sentimiento de los celos, del deseo, de la envidia, que batallaban sordamente en su alma, encontraban una ocasión para manifestarse.

Pero sea como quiera, lo exacto es que, á pesar de su decepción y de su cólera, le fué preciso obedecer las órdenes del comandante y contentarse con poner un poco de hierro más á aquel hombre que él habría sido dichoso con poder enviar al calabozo en el fondo de la cala. Para poder resarcirse de este contratiempo realizó por sí mismo la sentencia, teniendo buen cuidado de mandar que la argolla destinada al pie del presidiario estuviese lo más apretada que fuese posible, y que la barra de hierro á que estaba sujeta fuese bien pequeña, con el dañado objeto de que sus movimientos fuesen ménos libres.

Mientras que con estos actos daba alguna satisfacción á su cólera, la hermana de la Caridad hacía ejecutar las órdenes del comandante, que la había transmitido el capitán de armas. Pero por esta parte se presentaba una complicación: cuando los hombres sufren ciertos castigos durante la travesía, es de cos-

tumbre, lo mismo en la *Saone* que en los demás transportes, que las mujeres que también lo sean se las saque de su departamento, encerrándolas en una jaula de un metro de largo, y sin ventana, que está situada enfrente de la sección de hombres, de la cual, según sabemos, era jefe Berard. La casualidad, ayudada por el reglamento, ponía á Marcela Hebert y Fortier enfrente uno de otro, ambos encadenados y separados únicamente por el pasillo de servicio y los barrotes de sus respectivas jaulas.

El jefe de vigilancia no había previsto el caso... Desde el principio de la travesía, Marcela era la única mujer que había sido castigada, y Robin no conocía exactamente el lugar en que había de sufrir el castigo.

Cuando la vió enfrente de Fortier, cambiando con éste furtivas miradas que no podía impedir, tuvo un primer movimiento de cólera. Pero muy pronto se apaciguó: la proximidad de Marcela y Fortier podía ayudarle en su venganza proporcionándole ciertas crueldades que entreveía y saboreaba de antemano.

XXI

Júpiter, el dios de los dioses, para castigar á Tántalo, que le había robado á Ganimedes, según dice la leyenda, le condenó á sufrir eternamente el hambre y la sed. Para hacer aún más cruel su suplicio, colocó

al alcance de su mano hermosos árboles cubiertos de excitantes frutas que se alejaban cuando quería alcanzarlas y correr un hermoso río que se secaba en el momento en que aproximaba los labios. Este suplicio, que sólo un Dios pudo imaginar y que á través de las edades se llama el suplicio de Tántalo, iba á renovarse en otra forma á bordo de la *Saone*. Marcela Hebert, deseada con ardor por Fortier, que no había jamás visto satisfechos sus deseos, y que la amaba hasta el crimen, estaba allí, cerca de él... delante... y no podía juntarse á ella; Marcela fijaba en Fortier sus grandes ojos negros, que parecían decirle: «Ahora soy yo la que quiere... tu amor me ha vencido... tu crimen me ha dominado... ven á mis brazos... ya no nos separa nada...» y, sin embargo, los barrotes de la jaula y los hierros de que estaban cargados los separaban. Veía su boca entreabierta, sus encendidos labios, sus blancos dientes, y se acordaba de aquellos besos que no podía recibir. Sentía sed de ella, tenía hambre de todas aquellas voluptuosidades que había ansiado por tanto tiempo, y no podía ni mitigar su sed ni calmar su hambre.

Pero este suplicio no era bastante: aún recibió otro: aprovechándose Robin de las circunstancias, se aproximaba á cada instante á la jaula en que estaba encerrada Marcela Hebert. Apoyado en la verja, se situaba entre los dos amantes, separándolos y entreteniéndose en la contemplación de aquella á quien Fortier no podía ni aun hablar. Con semejante conducta infringía el reglamento; pero el violento capricho que le inspiraba en aquel momento su prisionera y su

necesidad de venganza triunfaban de sus deberes. Pero ¿habría habido alguno que fuese capaz en el presidio de quejarse de él? Los oficiales se ocupaban de la marcha del navío y del viento que reinaba, haciendo maniobrar las velas; los demás vigilantes dependían de Robin; las hermanas se ocupaban, como siempre, en leer su eterno breviario. ¿Acaso los presidiarios? Desde que pensaba en Marcela Hebert, los vigilaba con menos insistencia, dejándoles que jugasen, que se acostasen y que fumasen una pipa en un rincón de la jaula.

Por estas razones, él podía hablarla con entera libertad, sin ningún obstáculo y sin temor... Pero ¿le escuchaba Marcela? Puede ser. La mujer es siempre mujer, y jamás es insensible á las palabras de amor, aunque éstas le sean dichas por una persona indiferente. Es siempre coqueta, y en interés de su mismo amor se deja hacer la corte delante del hombre á quien ama, para que éste la ame más aún. Por otra parte, ¿qué podía hacer ella estando encerrada y cargada de hierro como estaba? ¿Le era posible mandar á Robin que se alejase? ¿Acaso un jefe de vigilancia ejecuta las órdenes de una presidiaria? ¿Le quedaba acaso el recurso de pedir auxilio, gritar y oponerse? La situación presente se empeoraría, puesto que aumentarían su castigo y la pondrían á pan y agua, mientras que ahora, siempre que Robin se aproximaba, la daba bizcochos, pan blanco ó alguna otra cosa que en aquel sitio era un don mucho más precioso que una flor ó un ramo en otra situación distinta.

Fortier, comprendiendo todo esto, pensaba en su

interior, diciéndose: «Este hombre representa la autoridad, la fuerza, el poder... y yo no soy más que un condenado, un miserable... tiene categoría de oficial... y yo... yo estoy vestido miserablemente... tengo grillos en los pies... me han afeitado y pelado, y estoy pálido y flaco... ella debe preferirle... tarde ó temprano será suya, por cansancio, por depravación, por capricho, y quizá para que la traten mejor, para que la concedan favores, para ser la querida del jefe.»

Y la verdad es que todo esto era muy posible... y en su aislamiento, en su inacción, sujeto entre aquellos barrotes, con un grillete al pie, se exaltaba su mente, creyendo ya que todos sus temores eran una realidad

A la mañana siguiente concluía el castigo de Marcela. Debía volverse con sus compañeras, ingresando en la prisión común. Serían las tres de la tarde, y el comandante, ya fuese por humanidad ó por medida sanitaria, aprovechando el buen tiempo, había hecho una excepción á la regla general, ordenando que los detenidos subiesen al puente en tropel, en lugar de hacerlo en cuadrillas de á veinte ó treinta. Se les dió á todos el derecho de dilatar los pulmones aspirando aire y tomar un poco el sol.

La batería estaba casi desierta. En las jaulas había tres ó cuatro que estaban castigados, y Fortier á bordo con Marcela Hebert, que estaba á estribor.

Esta última estaba dormida, tendida en su jaula. Fortier, delante de ella, la contemplaba silencioso.

Un ruido de pasos interrumpió aquel silencio. Fortier levantó la cabeza y vió á Robin que bajaba del puente para entrar en la batería.

XXII

El jefe de vigilancia marchaba en la dirección indicada á paso lento, anhelante, inquieto y mirando á todas partes.

Muy pronto pudo convencerse de que nadie le veía; los demás vigilantes, sus subordinados, estaban presenciando el paseo de los confinados sobre el puente. Los presidiarios que sufrían aumento de castigo estaban durmiendo. Las ventanas de las jaulas de las mujeres estaban cerradas. Las hermanas de la Caridad dormitaban ó hacían sus rezos. En todas partes reinaba un silencio completo. Se hubiera imaginado que aquello era un navío abandonado por la tripulación, á no ser por el sordo murmullo que se dejaba sentir sobre el puente.

Seguro Robin de aquella soledad, y ya completamente tranquilo, manifestó una completa audacia y se dirigió resueltamente hacia la jaula en que estaba Marcela Hebert.

Ésta seguía durmiendo, tendida á lo largo, descansando la cabeza sobre el brazo. La postura en que es-

taba hacía resaltar el contorno de sus formas; aquí pecho de excesivo desarrollo presentaba libremente sus prominentes detalles. Un rayo de sol, penetrando por una sola rendija, iluminaba su boca entreabierta y sus rojos labios.

Durante un momento, Robin la contempló lo mismo que Fortier la contemplaba hacía pocos momentos. Después lanzó una última mirada en su derredor, haciendo un gesto que parecía decir: «Peor para ella si corro peligro;» y sacando una llave del bolsillo, abrió la puerta de la jaula.

En el otro lado, Fortier, que había visto todos los movimientos de Robin, se levantó rápidamente, agarrándose á los barrotes de la jaula.

Marcela Hebert no se había despertado aún. El sueño es muy pesado cuando se está en una batería de transporte, porque se está ya acostumbrado á toda clase de ruidos y no causan ya efecto el silbar de la máquina, las idas y venidas de la gente de la tripulación, ni el mugir de las olas, ni el ruido estridente de los grilletes.

Robin se inclinó, poniendo una rodilla en tierra, aproximando su rostro á la cara de Marcela Hebert, y después de contemplarla, con los ojos inyectados en sangre, se precipitó sobre ella, besándola en la boca.

Simultáneamente, en la jaula de enfrente, Fortier lanzó un rugido de fiera.

Marcela Hebert abrió bruscamente los ojos inconscientemente, no sabiendo de qué manera la habían despertado, pero sintiendo en los labios un calor que la abrasaba. Pero en el momento en que se encontró

á Robin cerca de ella devorándola con la vista, lo comprendió todo.

Su primer movimiento fué rechazarlo y levantarse. Pero Robin, que seguía de rodillas, apoyó sus manos en los hombros de Marcela, volviendo á derribarla, estrechándose más aún contra ella, dejando sentir los latidos de su corazón sobre el pecho de aquella mujer. Su aliento calentaba su rostro; sus rubios bigotes cosquilleaban su piel y sus ardientes ojos la envolvían en una mirada de fuego. Desde el día en que había sido arrestada y conducida al depósito de San Lázaro y después á la central, no había sentido nunca tan cerca el aliento de un hombre. Los sentidos, que estaban adormecidos en la prisión, se habían despertado en el navío en medio de aquellos oficiales y aquellos vigilantes y confinados. Su sangre circulaba calenturienta por la vida que se hacía á bordo en un clima tropical. Su imaginación estaba sobrecitada por las conversaciones que escuchaba á sus compañeras en la sala común, y todo esto venía á completarlo ocho días seguidos de palabras apasionadas de Robin. De modo es que, una parte por deseo y otra por temor hacia él, es muy posible que no hubiese resistido largo tiempo. Pero todavía era dueña de sí misma y pudo pensar en que Fortier estaba allí enfrente y podía verla. Volvió rápidamente los ojos hacia aquella parte y le vió rígido, pálido y terrible, pegado á los barrotes de la jaula, en la que se sostenía con una mano, mientras que con la otra se rasgaba el pecho, que tenía completamente desnudo. La sangre corría.

Marcela tuvo piedad de él... tuvo miedo... quizá

tuvo desco de Fortier... ¿hay quien pueda asegurarlo?

Entonces, y por efecto de un violento esfuerzo, se desprendió de los brazos de Robin, agarrándose fuertemente á su cabeza, separándola de sí, y se levantó sin ningún obstáculo. Rechazado de tal manera, precisamente en el momento en que la creía vencida y dominada, Robin supuso que alguien se acercaba, y creyendo que Marcela temía que los sorprendiesen, se puso á mirar á todas partes.

Nadie: la misma soledad y el mismo silencio.

Pero apercibió al frente á Fortier, y la vista de este hombre aumentó sus deseos. En aquel momento deseaba que ella le buscara, yendo hasta él, puesto que la deseaba de una manera ardiente... y además por hacer sufrir al otro, triunfar y vengarse de él.

Como Marcela estaba aún medio levantada, consiguió derribarla otra vez, haciendo un esfuerzo brutal con la cabeza, con el pecho y con las manos, arrojándose sobre ella.

Marcela dió un grito.

Otro grito, pero grito salvaje entonces, respondió desde la otra jaula.

Al mismo tiempo Fortier, haciendo un esfuerzo supremo y centuplicando sus fuerzas por la cólera que le animaba, cogió la gruesa cadena que le tenía sujeto á la verja, consiguiendo romperla, y haciendo de ella un poderoso proyectil lo arrojó con violencia á través de los barrotes, apuntando antes á la cabeza de Robin.

XXIII

A pesar de su furor, la puntería de Fortier fué certera.

La cadena de hierro traspasó la verja sin ningún tropiezo, y vino á estrellarse en la mejilla del jefe de vigilancia.

Aquel golpe le aturdió: palideció y cerró los ojos. Hubiera podido creerse que iba á perder el conocimiento. Pero en el momento recobró el sentido, y lanzando una mirada á su alrededor vió á Fortier que, de pie y libre de sus cadenas, hacía inútiles esfuerzos para abrir la verja. Simultáneamente vió también que el proyectil que le habían lanzado había caído junto á los pies de Marcela. Adivinó quién se le había arrojado, y lo comprendió todo. Entonces, con un movimiento rápido, se irguió, buscando el revólver que llevaba al cinto. Pero Marcela, en la previsión de lo que iba á hacer, y aprovechándose de un momento de aturdimiento, se había apoderado del arma.

—Entrégame ese arma—gritaba Robin—para que mate á ese miserable.

—¡No! ¡no!... ¡no quiero!... ¡no quiero!

Robin se abalanzó sobre ella, le arrancó el revólver y salió de la jaula, dirigiéndose hacia la de For-

tier, que le miraba en completa calma con los brazos cruzados, esperando la muerte.

Marcela Hebert gritó con todos sus pulmones: ¡Socorro! ¡Socorro!

Las hermanas de la Caridad salían de su cuarto en el momento en que los confinados volvían á la batería después de terminado el paseo. Dos vigilantes que marchaban á la cabeza de éstos y que vieron á su jefe revólver en mano, dispuesto á hacer fuego, supusieron que le amenazaba algún peligro y corrieron velozmente en su socorro, encontrándose de esta manera entre Fortier y Robin. Este no podía ya hacer fuego sin herirles. Al mismo tiempo los presidiarios que marchaban en primera fila, impulsados por los de otras, quedaron en el corredor, en lugar de entrar en sus respectivos departamentos, inundándolo en confuso tropel. Robin había tenido que retroceder, acorralado contra las jaulas, y quedó separado de su enemigo por más de cincuenta personas.

Imitando el ejemplo de Robin, que gritaba y vociferaba, sus subordinados gritaban y vociferaban también, á la vez que los presidiarios, viéndose juntos y comprendiéndose más fuertes.

Los oficiales, que estaban en el puente, imaginaron que había alguna sublevación, y empezaron á dar órdenes, reuniendo apresuradamente algunos marineros y soldados de infantería.

Sable en mano y fusil á la cara entraron aquellos hombres en el presidio, arrollando todo cuanto encontraban á su paso.

Aquel aparato de fuerza era completamente inútil.

los presidiarios, que nunca habían pensado en sublevarse, y que solamente se les podía imputar el haberse distraído un momento, se apresuraron á guardarse en sus respectivos departamentos, suponiendo con razón que estarían en ellos mucho más seguros.

El capitán del navío, segundo comandante, fué advertido de que algo extraordinario tenía lugar en la batería, y se presentó, seguido de varios oficiales.

—¿Qué ha sucedido aquí?—preguntó.

Nadie podía responderle, puesto que nada se sabía con seguridad. Atónitos los presidiarios y en silencio sepulcral, presenciaban admirados aquella escena, pegados á las verjas de sus respectivas secciones.

—Vamos á ver—dijo el segundo comandante, dirigiéndose esta vez al jefe de vigilancia;—decidme la causa de este desorden.

Robin, que estaba verdaderamente emocionado, titubeaba en responder, porque, habiendo recobrado su sangre fría, comprendía que había cometido una falta. No podía decir la verdad completa, y entonces la alteró diciendo que, al tiempo de dirigirse desde la batería á su puesto, había recibido un fuerte golpe en la cabeza de un presidiario que había roto su cadena.

—¿Y no le habéis matado en el momento, según estáis autorizado por el reglamento?—preguntó el oficial.

—He querido matarle, mi comandante; pero los presidiarios bajaban del puente, inundando por completo la batería, y me lo han impedido.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Fortier, número 109.

—¿En dónde está?

—Aquí le tenéis... miradle, está libre de hierro.

—Que se lo vuelvan á poner, y que, en lugar de un grillete, sean dos esta vez—dijo el comandante del buque.—Ponedle también esposas.

Fortier no opuso ninguna resistencia.

Se sonreía mirando á Marcela, que enfrente de él le miraba también.

—Dadme inmediatamente el parte—siguió diciendo el segundo comandante, y señalando á Fortier;—este hombre quedará mañana sujeto á un consejo de guerra.

—Y que se transmitan órdenes al pelotón de ejecución—añadió en voz baja uno de los vigilantes.

En efecto, la orden dada era para Fortier la muerte con un día de diferencia, en lugar de una muerte inmediata que estuvo á punto de recibir. Esto lo sabía muy bien.

Oficiales, marineros y soldados se volvieron sobre el puente, y todo volvió á recobrar su aspecto en la batería.

Entonces Bérard se aproximó á Fortier.

—¿Qué ha hecho usted, desgraciado?... Contádmelo todo—dijo en voz baja.

Una hora después, las cornetas llamaban para la comida, á la que acudieron los presidiarios provistos de su plato y vaso para el vino; pero éste fué suprimido aquel día para castigar la risa y el canto que antes se habían permitido.

XXIV

La noche que siguió á estos sucesos hubo dos personas á bordo que no durmieron un solo instante. Fortier y Marcela Hebert.

El primero de éstos, con un par de grilletes y los brazos sujetos hacia atrás por las esposas, estaba acostado boca abajo, apoyando la frente en los barrotes de su jaula, mirando fijamente á Marcela Hebert, que acostada lo mismo que él, enfrente, le miraba de la misma manera. En medio de la oscuridad de la noche brillaban los ojos de ambos.

Y no era la compasión la que había retenido á Marcela en aquel sitio para seguir con su mirada la mirada de Fortier. No era que ella dijese para sí: «Antes de conocerme, ese hombre estaba tranquilo, era honrado y feliz... la pasión que le inspiré le lleva á presidio... y esa pasión tenaz, persistente, invencible, será mañana causa de su muerte... esto es lo menos que puedo hacer en esta última noche en que vivo con él, ó mejor dicho, cerca de él.» No, ella no obedecía á este buen sentimiento; obedecía á otra clase de sensación, era esclava de su materia. Cuando Fortier se había levantado en la jaula, pálido y tembloroso, con el pecho ensangrentado, rompiendo sus cadenas y lanzando aquel pedazo de hierro que había herido á Ro-

bin, le había encontrado sublime en aquel furioso delirio. En aquel momento deseaba á Fortier como no había deseado á ningún hombre. Sus sentidos estaban subyugados.

Cuando el amor es sensual se manifiesta de esta manera: el amor verdadero, por el contrario, penetra insensiblemente, sin manifestar de una manera brusca, como en el primero, en que la mirada queda seducida, la imaginación sorprendida y falta la luz. Un bosque sombrío, una pradera sonriente, gusta á la vista únicamente, y nos recrea de una manera tranquila y pacífica. De repente se ilumina por el naciente sol, dorando sus contornos, y nuestra imaginación se impresiona ante aquel efecto mágico de luz, que queda siempre impreso en nuestra mente aun cuando se le vuelva á ver rodeado de sombras en medio de la noche. Así es cómo se explica que Marcela en la víspera de la muerte de Fortier, y en medio de la noche, á pesar de las tinieblas, le viese todavía como le vió aquel mismo día.

A la mañana siguiente, cuando los presos que eran compañeros de Fortier se levantaron, se guardaron muy bien de entregarse á sus bromas diarias. Empezaron á manejar la bomba, inundando el suelo para fregarlo, sin que se tomaran duchas, como se tenía costumbre de hacer casi siempre. Trataban de no interrumpir el silencio que rodeaba á Fortier, y de cuándo en cuándo alguno de ellos se permitía furtivamente ir á estrecharle una mano, convencidos como estaban de que el consejo de guerra que iba á reunirse al medio día condenaría irremediamente á muerte á un

presidiario que había tenido la audacia de herir al jefe de los vigilantes, y suponiendo, con fundado motivo, que la sentencia tendría lugar aquel mismo día, sobre el puente, á presencia de todos los presidiarios, que debían asistir descubiertos y de rodillas.

Aquel día era jueves y tocaba pasar revista de inspección al comandante.

Serían cerca de las nueve cuando entró en la batería, seguido de su estado mayor.

Después de inspeccionar las jaulas se paró, preguntando:

—¿En dónde está ese hombre que debe comparecer hoy ante el consejo de guerra?

—Allí, cerca de la verja—le respondió uno.

El comandante dió algunos pasos y se colocó delante de Fortier, mirándole sin decir una palabra.

Iba ya á retirarse, cuando salió una voz de la jaula que dijo:

—Mi comandante...

—¿Qué hay? ¿quién habla?

Bérard se adelantó.

—Soy yo, caballero—dijo.

—¿Y qué quiere usted?

—Suplicar á usted que tenga la bondad de dejar que le hable un momento.

El comandante le miró de la misma manera que lo había hecho con Fortier, le reconoció y le dijo:

—Está bien...

Se acordaba de la promesa que había hecho á aquel presidiario el día en que éste había rehusado los favores que le había ofrecido.

Media hora después, Bérard se encontraba delante del comandante.

—¿Habéis reflexionado mejor vuestra primera decisión?—dijo el oficial.—¿No tenéis fuerza bastante para continuar viviendo más tiempo en la batería?

—Dispensadme, caballero; yo siempre tengo ánimos para eso.

—Entonces, ¿por qué quiere usted hablarme?

—Para suplicar á usted que me permita contarle la vida del hombre que vais á juzgar dentro de un instante.

—¿Qué hombre? ¿El que acabo de ver, y que será sometido al consejo de guerra por haber herido al vigilante en jefe?

—Sí señor.

Sorprendido el comandante, reflexionó un momento, y por curiosidad, quizá por bondad, contestó diciendo:

—Hable usted.

Sin emplear frases rebuscadas, Bérard retrató el carácter de Fortier, refiriendo su existencia desde el momento en que había conocido á Marcela hasta el día de su condena.

—Está bien—dijo el comandante cuando terminó su historia.—¿Qué quiere usted probar con eso? ¿Que ese hombre es digno de lástima?... Puede ser... pero yo no voy á ocuparme de su pasado... ha cometido á bordo una falta que debo castigar.

—Eso es muy justo, caballero; pero quizás deba serlo con menos severidad si me permite usted que le diga por qué y cómo la ha cometido.

XXV

El comandante de la *Saone* había escuchado á Bérard con marcada atención. Su interés se había despertado, no tanto por la historia que le contaban, como por la manera dulce y persuasiva con que era narrada. La situación y el traje de Bérard le daban cierta originalidad y grandeza á su narración. Era verdaderamente extraño oír hablar con aquella sencillez, corrección y hasta elegancia á un condenado á trabajos forzados vistiendo la blusa del presidiario.

A poco tiempo, el comandante, bajo la influencia de aquella palabra, se olvidó del inferior estado del que le hablaba, y estuvo á tiempo de mandarle sentar, aunque se abstuvo de ello; pero inconscientemente, y como por máquina, acabó por levantarse descubriéndose. Solamente existía entre ambos la diferencia del uniforme.

—¿Se interesa usted mucho por ese Fortier?—preguntó el comandante, en lugar de responder á la última súplica que le hizo Bérard.

—Sí señor, mucho... si he rehusado los favores que la amabilidad de usted quería otorgarme... si he deseado vivir en la batería, ha sido únicamente por él. Tenía la esperanza de dar un poco de calma á su alma atormentada.

—Y no lo habéis conseguido... el furor que ayer manifestó es una prueba de ello.

—Ese furor le encontraría usted casi justificado si me permitiera que le dijese los motivos que tuvo para ello.

—Pues bien, diga usted...

Entonces Bérard, cuya animación aumentaba por grados, y valiéndose siempre de convenientes razonamientos y seductora palabra, refirió la escena de la víspera con todos los detalles; refirió la manera de encontrar Fortier á Marcela en aquel barco después de haber sido su amante; pintó su amor salvaje, la necesidad que tiene de ocultarlo y el castigo que sufre como consecuencia de aquel mismo amor; lamentó la desgraciada casualidad que los ponía frente á frente, y describió el martirio de Fortier, que tenía que contentarse con contemplarla y admirarla... entonces el jefe de vigilancia viene á exasperarlo estando cargado de cadenas, y tiene el atrevimiento de atacar de una manera odiosa á aquella mujer que también esta aprisionada é incapaz de defenderse... Fortier, loco por los celos y furioso en su delirio, hiere á su rival, no á su guardián. No es al hombre que le vigila á quien se ha querido herir; es al hombre que le causa un martirio horrible y que es su rival y su enemigo.

—¿Está usted seguro—dijo el comandante—de que todo cuanto acaba de decirme ha tenido lugar de ese modo?

—Estoy completamente seguro, caballero.

—Sin embargo, usted nada ha visto.

—No señor... pero Fortier no tiene ningún interés en ocultarme la verdad y engañarme, puesto que no hacía ninguna confidencia; era el hombre que, por decirlo así, se confiesa antes de morir.

—Pues bien, también se confesará delante del consejo de guerra, y éste lo sabrá apreciar.

—No, caballero; ese desgraciado se callará, lo mismo que lo hizo cuando compareció ante el tribunal civil.

—¿Por qué?

—Por que no le dice á nadie del mundo más que á mí su pasión y su locura... vive absorbido en su amor, en su idea fija... lo conozco perfectamente... no hablará una palabra, y se contentará con decir únicamente: «He herido al vigilante porque le odio;» sin decir la causa que le inspira... se dejará condenar á muerte sin hacer traición á su secreto.

—Está bien... yo veré... vuelva usted á la batería.

Algunos minutos después, el comandante de la *Saone* mandaba comparecer á Marcela Hebert, ordenándola que refiriese todo lo ocurrido la víspera.

Obedeció inmediatamente, y su declaración estuvo completamente de acuerdo en todos sus puntos con lo dicho por Bérard. Como, por otra parte, ésta no había podido hablar con nadie desde la víspera, se podía dar entero crédito á estas dos versiones que tan exactamente coincidían.

A las doce en punto estaba reunido el consejo de guerra. Conforme Bérard lo había anunciado, Fortier no trató de disculparse ni de defenderse. Pero el comandante, que presidía el consejo, dijo todo cuanto el acusado había callado, restableciendo los hechos

tales como habían tenido lugar, y mandó compareciesse Marcela Hebert, interrogando á la vez á Robin, que se vió obligado á confesarlo todo.

El consejo de guerra adivinó bien pronto el pensamiento del presidente, aunque no había formulado ninguna opinión, dejando á los oficiales que formularan la suya antes, y absolvió á Fortier. Pero el comandante, como medida disciplinaria y por insubordinación, castigó á Fortier á un mes de calabozo, y al mismo tiempo suspendió á Robin en sus funciones hasta terminar la travesía.

Cuando en el presidio se supo el resultado del consejo, los presidiarios dieron saltos de alegría y fué preciso castigar á algunos.

XXVI

Un hombre que, después de estar á punto de morir, lo está más aún á ser condenado á muerte y se encuentra con un mes de calabozo, puede muy bien considerarse dichoso, y no hay motivo para tenerle lástima. Sin embargo, el castigo del calabozo á bordo es terrible tratándose del transporte de penados; muchos hombres se han vuelto locos por esta causa y otros han conservado en la mirada un sello de espanto que hacía temer siempre por su razón, y los más sienten un miedo aterrador al oír el más pequeño ruido.

El calabozo es un féretro construído para un vivo y que está situado en la cala del navío debajo del último entrepuente, donde ya empieza la quilla. Generalmente tiene cinco ó seis pies de largo por dos ó tres de ancho. A duras penas puede el castigado revolverse dentro de aquel espacio. Ni el aire ni la luz penetran allí jamás. Mil confusos ruidos llegan hasta aquel sitio. Siente que hay vida allá arriba en las alturas que dominan aquel abismo en que está sumergido, y mil ruidos también, pero más próximos, le tienen en perpetua alarma: los insectos que zumban en las tinieblas; el agua que salta de las murallas del buque y cae lentamente gota á gota; las hambrientas ratas que saltan, corren y se agitan en su misma prisión. No puede dormir nunca, y lo más que consigue es dormir en un continuo sobresalto.

Y sin embargo, á pesar de todas sus torturas y todas sus miserias, quizás á causa de ellas, la calma penetró poco á poco en el alma de Fortier. Cuando el cuerpo sufre mucho, el corazón se amortigua. Así es que, separado de Marcela Hebert y no sintiendo su influencia, sus sentidos se apaciguaron. La amaba lo mismo que antes y quizá un poco más, pero aquel amor era menos delirante y menos frenético. Desde la noche anterior, que la había pasado con la mirada fija en Marcela, y que podía muy bien llamar la víspera de su muerte, se sentía otro, porque comprendía que ahora era ya suya por completo, y era feliz, completamente feliz, á pesar de todo. Olvidaba los horrores del presente, para vivir en un porvenir

de rosa. Pensaba también en Bérard, penetrando en su alma sentimientos de amistad y sintiéndose capaz de querer á aquel compañero que le había escuchado, aconsejado y consolado y á quien debía el vivir aún, como sabía todo el mundo en la batería y él también. De esta manera, Bérard había crecido á la vista de todo el mundo de una manera inconmensurable y era considerado como un personaje y una potencia. Había algunos que le querían verdaderamente, y otros, los más, que eran los peores y los más revoltosos, le temían. Por otra parte, aquellos hombres se habían imaginado que, estando libres del jefe de vigilancia, la disciplina sería menos severa y podrían tomarse ciertas libertades; pero Bérard les hizo comprender que se engañaban en un sentido, y que, por otra parte, tenían mucho menos derecho á conducirse mal desde el momento en que se había tenido alguna indulgencia para con ellos. Es un error suponer que todos los buenos sentimientos han desaparecido en el corazón de ciertos criminales: procurad emplear con ellos un lenguaje que les haga suponer que habéis olvidado su crimen y encontraréis en ellos personas de buenos sentimientos; pero si les habláis como á bestias, no os extrañéis si encontraréis bestialidad.

El departamento confiado al cuidado de Bérard era el más limpio, aunque en él había más rigor que en los demás; los buques transportes que desde el Brasil se dirigen al mar de las Indias, en lugar de buscar directamente el Cabo de Buena-Esperanza, como hacen los demás vapores, se desvían de él doce ó quince grados para doblarle á una gran distancia. De esta

manera, las diferencias termométricas son menos bruscas y la temperatura descende más suavemente hasta llegar á un frío glacial. Para conservar el calor en el presidio era preciso estar en continuo movimiento toda la noche, y apretarse unos contra otros para prestarse un poco de calor; á pesar de esto, el escorbuto se manifestó, muriendo muchos confinados y perdiendo gran parte su energía muscular. Unos á otros se cuidaban con verdadero cariño, porque la enfermedad no presentaba aún caracteres muy alarmantes, aunque no se la había podido dominar y cundía el contagio. Entonces fué cuando Bérard se portó de una manera admirable, alentando el valor de aquellos hombres que, sin él, habrían caído desfallecidos, faltos de fuerza.

Pasado un mes justo, porque el comandante no había perdonado un solo día, Fortier salió del calabozo, apareciendo en la batería y entrando en su sección. Con paso vacilante caminaba, herido con la poca claridad que había en el entrepuente, acostumbrado, como ya estaba, á las tinieblas de su encierro. Pero tenía la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón: iba á estrechar la mano de Bérard y volver á ver á Marcela Hebert. A ésta la encontró lo mismo que la había dejado, en el mismo sitio, en la jaula de castigo, con los pies cargados de hierro y la cabeza entre los barrotes para verle mejor.

Los cálculos que Marcela había hecho le decían el día en que Fortier saldría del calabozo, y había dado motivo para que la castigasen y la colocaran cerca de él.

Dejemos al transporte *Saone* continuar su camino hacia Nueva Caledonia con aquel cargamento humano, y volvamos cerca de otros personajes de nuestra historia.

XXVII

La *Florida*, yacht de sir William Hanley-Gardiner, está anclado en la rada de Noumea, que es profunda y segura, y á la cual no se entra sino por medio de un canal estrecho inundado de arrecifes. Cerca de la *Florida*, que es tan grande como una fragata del Estado, pero más elegante y ligera, hay varios navíos también anclados, que se balancean á impulsos del viento. Todos éstos son buques mercantes que están dispuestos para volver á Europa, ó pequeñas embarcaciones que van ó vuelven á Sydney. Desde el puente del yacht se percibe una extensión considerable bastante pintoresca, aunque triste, sin vegetación ni verdura, que termina en erizadas colinas rojizas. A lo lejos, y apenas perceptible, la isla Ducos, tristemente célebre desde hace algunos años. A la izquierda y en la parte oriental la isla de Nou, con sus pequeñas construcciones. A la derecha la isla de los Conejos, con su lazareto y sus altos hornos. Al borde de la playa algunas casas diseminadas; después

un arrabal de Noumea y el barrio latino, compuesto de pequeñas casas de madera parecidas á barracas, con pequeños jardines, en que difícilmente pueden crecer algunos árboles y alguno que otro plátano, asustado por verse vivir en aquella costa abrupta. Después de aquel arrabal viene en seguida Noumea, situada en un terreno llano, con sus calles tiradas matemáticamente á cordel, y semejando en un todo un tablero de damas. Pero podría creérsela construída en anfiteatro al vérsela dominada como está por importantes construcciones, tales como el palacio del obispo y el del gobernador. Un sol espléndido ilumina aquel paisaje, disminuyendo en mucho su tristeza.

A bordo de la *Florida* no piensa nadie en mirar el horizonte. Debajo de una gran tienda, que cubre casi todo el puente desde proa á popa, todo es animación y vida, á consecuencia de un almuerzo espléndido que sir Gardiner ha dado á los principales habitantes de la ciudad y á algunos oficiales de infantería de marina. Hace quince días que sir Gardiner ha llegado á Caledonia, y gracias á su reputación y gran fortuna es el héroe del país. Por otra parte, el noble yankee no ha omitido ningún gasto para captarse las simpatías de sus habitantes: ha visitado á todas las autoridades, sin olvidar á nadie, y ha estado muy afable y complaciente con grandes y pequeños. La señorita Bérrard, que le acompaña y pasa por hermana suya, es la admiración de todos por su elegancia, hermosura, trato distinguido y claro talento. Todo el mundo se siente orgulloso de conocerla y tratarla. Para todos aquellos desterrados, bien sean funcionarios ó empleados, es

una fortuna extensiva á sus mujeres y familias á tener unos huéspedes que hacen visitas y reciben á bordo todos los días, dando de comer de una manera tan espléndida. Sir Gardiner explica su visita á Noumea por el interés que le inspiran los establecimientos penitenciarios de aquella colonia. Nadie se sorprende de semejante sentimiento, que es muy propio en un americano que además es periodista. Los estudios á que viene entregado le autorizan á estrechar su amistad de la manera más natural del mundo con todo el personal administrativo de la isla de Nou. No da ninguna fiesta sin convidar al comandante del presidio, los dos jefes de administración y al comisario de marina. Les interroga, toma apuntes, de la misma manera que lo había hecho en otro tiempo con el director de la Roquette, y tiene tan estrecha amistad con todos ellos que, si lo solicitara, aun á pesar de la severa orden que existe, visitaría el presidio en el momento en que lo indicara. Pero por ahora se contenta únicamente con tomar apuntes y ponerse al corriente de todas las costumbres y reglamentos que existen. Ya sabe que los presidiarios se dividen en cuatro clases, y que al llegar á la isla de Nou se les clasifica en la tercera, si no vienen señalados como peligrosos, pudiendo pasar á la segunda, y después á la primera, en el caso de observar buena conducta después de pasado cierto tiempo. Si, por el contrario, se muestran indóciles y poco sumisos, entonces les espera pasar á la cuarta clase. Cuando llegan á esta última categoría se les trata de la misma manera que se trataba en otro tiempo á los presidiarios de

Brest y Tolon, haciéndoles realizar los trabajos más duros, llevando el peso de una cadena, y algunas veces dos y aun cuatro.

A pesar de todo, sir Gardiner tomaba sus informes con gran discreción y prudencia, interesándose también por las colonias agrícolas de la isla, por los trabajos empezados y los que se iban á emprender, por la topografía del país, las costumbres de los habitantes y sus necesidades y las noticias que llegaban de Francia. Pero así como tomaba noticias y se instruía de lo que quería saber con los hombres, también se entretenía algunas veces en distraerse con mujeres.

Con estas últimas estaba conversando el día en que hemos vuelto á encontrarle á bordo de su yacht. El correo de Francia había llegado la víspera, y las mujeres de Noumea daban á sir Gardiner y Mlle. Bérard noticias de la madre patria, sintiendo una grande complacencia en mencionar las obras que habían alcanzado éxito, y las fiestas de invierno que habían tenido lugar, y de las cuales no se conservaba ya ningún recuerdo en París, aunque para las señoras de aquella localidad tenían el sabor de actualidad.

—Dicen que la baronesa de Merieux—dijo la mujer del comisario de marina—ha dado un magnífico baile en su hotel del parque de Monceau.

—¿Y quién es la baronesa de Merieux?—preguntó sir Gardiner, por decir algo.

—¡Cómo! ¿No la conoce usted? Es la princesa Sofía Lavisine, cuyo marido fué asesinado hace unos diez y ocho meses.

XXVIII

El nombre de la princesa Lavisine, pronunciado de una manera tan repentina, impresionó vivamente á la señorita Bérard. Pero fué bastante dueña de sí misma, sin embargo, para ocultar su emoción y preguntar con voz de aparente calma:

—Pues ¿cómo! ¿Se ha vuelto á casar la princesa?

—Sí; yo he asistido á la boda—se apresuró á decir llena de satisfacción la mujer del comisario de marina.

Ésta era una morena graciosa y vivaracha que durante mucho tiempo había sido en París una mujer galante, pero con la discreción bastante para engañar á los inocentes. Cansada de aquella vida accidentada, y poseedora de cuatro ó cinco mil francos de renta, acababa de casarse y llegar á Caledonia con su marido, que llevaba la intención de estar dos años para conseguir un ascenso. Las malas lenguas de la localidad (que por cierto eran muchas) decían que la señora Prevot había entrado en arreglos con tres oficiales de marina á fin de pasar el tiempo de su destierro lo más agradablemente posible. Ella, por su parte, se vengaba de esta chismografía mirando con desdén á las demás mujeres que le eran inferiores por razón del rango que ocupaba su marido, y dándose

con las demás aire de parisien teniendo que vivir en un país medio salvaje.

—Ese casamiento de que habláis ha debido ser muy hermoso—dijo mezclándose en la conversación un oficial de marina.

—¡Magnífico, caballero, magnífico!... Allí estábamos todas... quiero decir, todas las señoras del gran mundo.

Y era verdad; había asistido á la ceremonia en calidad de simple curiosa, perdida entre la multitud, y quizá atraída por el deseo de volver á ver al barón de Merieux, con quien ella había tenido intimidad al principio de su carrera.

La señorita Bérard y sir Gardiner oían hablar por primera vez de aquella boda; habían salido de París antes de que se realizase, y no habían leído ningún periódico que diese la noticia en los distintos puertos en que habían tocado durante el viaje.

—¿Conocía usted ese barón de Merieux que se ha casado con la princesa?—preguntó la señorita Bérard á la señora Prevot.

—¡Cómo que si le conozco! ¡Ya lo creo!—contestó la linda morena.

Excitada por el excelente almuerzo que acababa de tomar, y quizá más aún por el Champagne, iba ya á decir más de lo conveniente, deslizándose por la pendiente de sus recuerdos, cuando se rehizo, diciendo con voz tranquila:

—Sí, le conozco de haberle visto en el Bosque, en la Ópera y en los estrenos. Las que pertenecemos á cierta clase conocemos siempre á las personas distinguidas, y el barón de Merieux es un hombre á la moda.

Como todas las personas de mediana clase, la señora Prevot no perdonaba jamás la ocasión de decir que ella era una de las primeras mujeres de París, con lo cual conseguía provocar una sonrisa, aunque es verdad que allá en Noumea había producido cierto efecto entre las mujeres de los empleados subalternos.

—¿Es joven el barón de Merieux?—preguntó la hija de Bérard.

—Sí, treinta y dos años á lo más.

—Y sin duda muy rico, puesto que se ha casado con la princesa Lavisine, que posee una fortuna colosal.

—No, al menos yo no creo... se decía que estaba ya arruinado antes de su casamiento... pero es un hombre encantador... ¡oh!... encantador.

Volvía á resbalar de nuevo.

—Ese matrimonio ha sido muy precipitado—dijo sir Gardiner.

—Pues yo no veo nada de particular—se apresuró á objetar un cirujano de marina;—si es verdad que el barón es tal como dice la señora... la princesa estaría enamorada de él y se habrá casado en el momento de espirar el plazo legal.

La señorita Bérard, que hacía un rato estaba meditando, se dirigió repentinamente á la señora Prevot diciéndola:

—Tendría curiosidad de saber si el barón de Merieux de quien usted habla es el mismo Merieux que he encontrado varias veces en los viajes que he hecho con mi hermano. Puesto que, al parecer, usted le conoce, espero tenga la amabilidad de describirme su físico.

—Con mucho gusto, señorita; para mí es esto muy fácil. Parece que le estoy viendo ahora mismo con sus grandes ojos azules, medio dormidos, sus rubios bigotes, sus hermosos dientes y...

La señora Prevot llevaba trazas de seguir mucho más adelante, si no la interrumpe la señorita Bérard con estas palabras:

—¿Es alto?

—Precisamente alto, no... tiene mediana estatura.

—¿Está usted segura de ello?

—Completamente segura... le he medido;—pero, mordiendo los labios, añadió:—Se entiende que ha sido con la vista.

La conversación quedó interrumpida hasta que, al cabo de un rato, consiguió reanudarla el comandante del presidio, diciendo:

—Hace ya un rato que aquí se habla de la princesa Lavisine y de su nuevo esposo, y se nos ha olvidado hablar del primero que ha sido asesinado... Pues bien, yo voy á dar á ustedes noticias, no precisamente del muerto, sino de su matador... he recibido en el último correo la lista de los penados que vienen en la *Saone*, y en esta lista se encuentra el nombre de un tal Bérard, condenado á trabajos forzados perpetuos por asesinato... Si mi memoria no me es infiel, el asesino del príncipe se llama Bérard, y el que viene debe ser el mismo.

—Evidentemente...—dijeron varios circunstantes— recordamos perfectamente su nombre... Este proceso nos ha interesado mucho por aquí... no se hablaba más que de esto.

—Pues bien—continuó diciendo el comandante,—ese miserable formará bien pronto parte de mi presidio.

Pálida y temblorosa escuchaba todo esto la señorita Bérard. De pie, y cerca de ella sir Gardiner, le apretaba la mano sin que nadie lo notara.

XXXI

La señora del comisario de marina, con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos, charlaba con los oficiales que la rodeaban, y decía al comandante del presidio:

—¿Hacia qué fecha espera usted el nuevo convoy de penados, de que debe formar parte ese Bérard?

—No lo sé de una manera segura, señora—contestó el antiguo capitán de marina;—la travesía de Francia á Noumea varía entre ciento diez y ciento veinte días de navegación, y como la *Saone* lleva ya en la mar dos meses y medio próximamente, es muy posible que llegue aquí dentro de cinco ó seis semanas, á no ser que por cualquier accidente se vea obligada á hacer escala durante algún tiempo en Santa Elena ó en otro punto.

—Con los antecedentes que acaba usted de darnos—contestó riendo la linda morena,—no es posible

creer nada seguro... ni sobre la *Saone* ni sobre el asesino Bérard.

—Sobre todo, respecto de este último, señora; estoy seguro de que ha partido de Francia, pero nada puede asegurar que llegue aquí.

—¡Cómo! ¿Por qué? ¿Cree usted acaso que se haya escapado durante la travesía?

—¡Oh! ¡no!... Las evasiones son ahora muy raras... En otra época se realizaban algunas en los puertos de escala, arrojándose al mar por algún escotillón durante la noche, y el que era buen nadador conseguía llegar á tierra, si antes no era pasto de los peces... pero los comandantes de los transportes toman hoy muchas más precauciones y ponen lanchas en derredor del buque, á la vez que se cierran todas las salidas, mientras se está cerca de tierra.

—Bien; pero esos pobres presidiarios tendrán alguna distracción en la batería mientras se hace escala en algún punto—dijo riendo la mujer del comisario, muy contenta por poder aprovechar una ocasión de dejar ver su blanca y bonita dentadura.

Sir Gardiner, deseando que la señora Prevot no siguiese hablando de cosas tan desagradables con la ligereza que le era peculiar, dijo al comandante:

—Si usted no teme que se realice ninguna evasión, ¿por qué duda que el asesino del príncipe esté á bordo de la *Saone*?

—Porque la mortalidad es muy grande entre los forzados á bordo de un transporte... un convoy de esta clase viene siempre disminuído en una sexta ó quinta parte. Las enfermedades atacan principalmente á los

hombres que han tenido cierta posición en la sociedad, y que no están acostumbrados ni al trabajo ni á la mala alimentación; y como el susodicho Bérard es uno de éstos, yo supongo con bastante fundamento que ha podido muy bien quedarse en el camino.

—¡Oh, esto no sería una pérdida sensible!—dijo la señora Prevot, mirando coquetamente por entre las varillas de su abanico á uno de los jóvenes que estaban allí próximos.

La señorita Bérard había tenido el valor suficiente para permanecer en el mismo sitio escuchándolo todo, puesto que quería saberlo todo. Pero desde el momento en que no se trataba ya de su padre ni del transporte la *Saone*, se alejó para meterse en la cámara del yacht. Sir Gardiner, que experimentaba un veheméntísimo deseo de juntarse á ella y hablarla, no hizo el menor esfuerzo para retener á sus convidados. A poco rato dió orden de preparar las lanchas que debían llevarlos á tierra, dió un apretón de manos á cada uno de ellos, y después de invitarlos para otro día se bajó á su cuarto. La palabra *cuarto* podía muy bien emplearse aplicándola á los gabinetes, al comedor, salones de lectura, descanso y tocadores que había en el entrepuente del yacht la *Florida*. Su lujo era espléndido y de buen gusto, y más de una vez Juana Bérard se había lamentado por gozar tanta comodidad cuando su padre llevaba una existencia triste y miserable.

Sir Gardiner estaba á su lado y la decía:

—Hace un momento que yo también participaba de la emoción de usted, amiga mía; pero no creo que tengamos motivos para asustarnos... Está recomendado,

como usted sabe, al comandante de la *Saone*, y su padre de usted ha debido hacer el viaje en mejores condiciones que los demás. Además, él sabe que usted le espera aquí, y el deseo de verla le dará valor para soportar todos los males.

—¡Que Dios escuche á usted!—dijo Juana suspirando.

Al cabo de algunos segundos añadió:

—¡Ah! El tiempo me parece muy largo, á pesar de todas las atenciones que tiene usted conmigo y su buena amistad.

¡Su amistad! ¡Ah! Ella hubiera podido decir con mucha más razón *su amor*, puesto que él la amaba con todas las fuerzas de su corazón, sin habérselo dicho, desde que era su huésped y se había puesto bajo su protección. Durante aquella larga travesía, sólo con ella, no se había separado jamás ni un punto de su reserva y su respeto, tratándola como á reina soberana á quien no es posible acercarse; la adoraba como se adora á una madre, á una hermana, á una hija. Y sin embargo, aquel hombre era joven, ardiente y tenía sus horas de fiebre como los demás hombres. La encontraba más hermosa que nunca, viéndola en toda la esplendidez de su belleza. Pero el amor honesto, el amor verdadero sabe vencer la materia, y el corazón domina á los sentidos.